



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

5 de Diciembre de 1871.

Núm. 10.

LA PLAZA DEL PROGRESO DE MADRID.

(Antiguo convento de la Merced.)

Historia.--Leyenda.--Arqueología.

Hay en Madrid una plaza á la que se ha dado el nombre del *Progreso*, formada sobre el vastísimo lugar que en otro tiempo ocupaba una manzana que constituía el convento de la Merced con todas sus dependencias, y comprendía un espacio de sesenta y cinco mil pies. formando sus costados las estrechas calles de los *Remedios*, de la *Merced* y de *Cósme de Médicis*. Todo ha desaparecido de este sitio, donde hoy se ven tan solo un elegante jardín á la inglesa, con asientos de piedra, y en medio de él, sobre un pedestal de mármol blanco, se levanta una estatua en bronce de D. Juan Alvarez y Mendizabal, ministro que fué de la reina Isabel II, y á quien se debió la supresion de las órdenes religiosas de España, mostrando grande empeño en el derribo de la mayor parte de los conventos que pudo, debiendo ser la iniciativa del espíritu revolucionario y demolidor que comenzó en su ministerio.

Allí se alzaba en otro tiempo un templo notable por su espaciosidad; por el mérito de los frescos de sus bóvedas, por el elegante sepulcro del nieto del conquistador de Méjico, el tercer marqués del Valle, D. Fernando Cortés, y su esposa doña María de la Cerda, patronos de aquella iglesia; y sobre todo, por su magnífica capilla consagrada á la imagen de Nuestra Señora de los Remedios, á la que el pueblo de Madrid tenía la mas fervorosa devocion. A los recuerdos religiosos que reunia este convento, reducido á polvo por el martillo revolucionario, se unian otros literarios. Allí habia vivido por espacio de mucho tiempo, y allí habia escrito sus inmortales obras en una modesta celda, el padre maestro Fray Gabriel Tellez, cuyo nombre es impercedero en la escena española, bajo el pseudónimo de Tirso de Molina.

La imagen de la Virgen de los Remedios, despues de destruido el templo que le alzó la gratitud del pueblo madrileño, ha encontrado un modesto refugio en uno de los altares de la iglesia de Santo Tomás de Madrid. Esta imagen ha recorrido una gran parte del mundo cris-

tiano, habiendo estado en las márgenes del Tíber, en las orillas del Mosa y en las riberas del Tajo y del Manzanares.

Cuando en circunstancias bien tristes para la Iglesia, cuando Roma recibía á la vez los insultos del poder de los emperadores de Oriente y los ataques de los lombardos, que se habían dividido el antiguo imperio romano, sube al Pontificado Gregorio I, el gran doctor de la Iglesia, á quien la historia ha dado el sobrenombre de *Magno*, y que fué el primer fundador del poder temporal de los Papas.

Pontifice á pesar suyo, este hijo del gran Patriarca San Benito, es designado por la aparicion de una milagrosa paloma para ser elevado á la silla de San Pedro, el año 590.

El fué quien convirtió la Inglaterra á la religion católica por medio del monje Augustin, y no solo procuró atraer esta isla, en donde tanto floreció la fé, que mereció ser llamada la *Isla de los Santos*, sino que en los Países-Bajos y Flandes, acometió la santa empresa de conquistarlos á la religion verdadera, fundando iglesias y monasterios de la orden de San Benito, á que habia pertenecido, y á la que, como hombre opulento, habia enaltecido en Roma, antes de ascender al Pontificado, tras'ormando su propio palacio en monasterio.

Enviaba desde la ciudad Eterna imágenes de santos, y con especialidad de la Virgen María, á los diversos monasterios, para que se activase el fervor. A uno de los monasterios que habia fundado en las márgenes del famoso rio Mosa, cerca de una villa denominada Ramua, envió una imagen de Nuestra Señora con el niño Jesus en los brazos, y de la altura de una tercia: era de hermosa escultura, aunque bastante moreno su color.

Allí permaneció entre los hijos del gran Patriarca de Occidente Benito, muy venerada por los pueblos que acudían á ella en todas sus aflicciones, á las que hallaban siempre consuelo, admirando sus continuos y grandes milagros.

Así trascurrieron muchos siglos, hasta que la reforma protestante de Lutero,

rompiendo todos los vínculos religiosos y sirviendo de pretexto á las miras políticas de las pueblos, hizo que las provincias de los Países-Bajos se revelasen contra la autoridad del rey de España Felipe II, el año 1581.

El príncipe de Orange, desde el fondo del retiro que habia escogido en Alemania, fomentaba el espíritu de discordia en la Flandes.

Su hermano Luis de Nassau habia sorprendido la plaza de Mons, y aquel, juzgando entonces la ocasion oportuna, salió de su retiro y se apoderó de Ruremonde Mechaline y otras fortalezas.

Pero cuando contaba con el poderoso auxilio de los protestantes de Francia y creia acabar con la dominacion de los españoles en su pais, recibió la noticia de la matanza de los protestantes en Paris el dia de San Bartolomé y sus esperanzas se desvanecieron.

Enfurecido por esto y por la victoria que sobre su hermano Luis de Nassau habia conseguido D. Fadrique de Toledo, hijo del famoso duque de Alba, pasó á Holanda y Zelanda, donde destruyó las iglesias, profanó las imágenes, y no perdonando nada su bárbara fiereza, renovó en los católicos las crueldades que con asombro vió el mundo en los primeros siglos poner por obra para la persecucion del cristianismo á los Césares.

Entre los monasterios que mandó derribar fué uno de ellos la abadía de los religiosos Benitos, situada á la orilla del Mosa, cerca de la villa de Ramua en la isla de Zelanda.

Hiciéronse pedazos los altares, y la imagen de María que habia enviado siglos antes á aquellas comarcas el gran Pontífice Gregorio I, se vió envuelta entre una multitud de maderas que se vendieron á vil precio para ser consumidas por el fuego.

Un hereje adquirió una gran porcion de estos despojos y los llevó á su casa.

Era un pobre que vivia de hospedar en su casa á los que á ella acudían, sirviendo tambien de abrigo á los desertores y á los que huían de la justicia.

Un español honrado, llamado Juan de Leruela, natural de Cuenca, que se ha-

llaba sirviendo en los tercios del duque de Alba, habia tenido una reyerta con otro soldado compañero suyo, habia tirado de la espada y heridole.

El duque de Alba, severo por carácter y religioso mantenedor de la disciplina militar, castigaba con la pena de muerte toda cuestion ó desafío que se suscitase entre sus soldados.

Desertó Juan de Leruela para evitar la inflexible justicia de su general, y acudió á aquella casa, en la que, mediante á una buena paga, estaba seguro de no ser entregado á los capitanes españoles.

Era invierno; el clima de la Zelanda estremadamente frio, y el soldado español pidió á su patron alguna leña para poder calentarse ofreciéndole pagar bien.

En aquella guerra devastadora de los Países-Bajos, que hizo correr á torrentes la sangre de los españoles y flamencos, los soldados no carecian de dinero porque en los pueblos que conquistaban hallaban siempre cuantioso botin.

El huésped le dijo que precisamente tenia muy buena madera, pues habia recogido una gran cantidad de las ruinas de la iglesia que por óden del príncipe de Orange se acababa de demoler. Fué por un brazado de leños, los arrojó al fuego é inmediatamente comenzaron á arder.

El soldado español vió que entre los trozos de madera, restos de los altares, habia una imagen de la Virgen bastante bella, con su hijo en los brazos y del tamaño de poco mas de una tercia.

Quiso inmediatamente arrancarla del fuego; empero cogiéndole del brazo el herege, con aire chancero y burlon, le dijo que aunque la leña era suya por haberla pagado, el quemarla era beneficio de todos porque todos debian disfrutar de su calor, y que debia dejarla quemar, pues lo mismo era para él aquella escultura que cualquiera otro de los adornos de los altares.

Reprimióse Juan de Leruela, no por falta de ánimo para haberse opuesto á los deseos de su patron y sacado aun á viva fuerza del incendio la sagrada imagen, sino porque conocia el compromiso

en que se hallaba. Si castigaba la maldad de aquel hombre, cual los impulsos de su corazon le dictaban, iba á ser descubierto y perder la vida, porque el duque de Alba y su inflexible secretario Vargas no hubieran tenido en cuenta el noble impulso que le hacia descubrirse, y solo hubieran juzgado su delito militar.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá.)

HONOR AL VATE.

(Poesias que la autora dedica en muestra de respetuosa simpatía al Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, Ministro de Ultramar.)

I.

LA CAMPIÑA.

Canta el ave enamorada
En la escondida enramada
Sus amores,
Y el aura pasa ligera
Resvalando placentera
Por las flores.
Cual espectros arrogantes
El claro arroyo retrata
Las encinas,
Ondulando vacilantes
En sus corrientes de plata
Cristalinas.
De la brisa el grato arrullo
Y el apacible murmullo
De la fuente
Van sus ecos confundiendo,
Y juntas se van perdiendo
Dulcemente.
Bello cuadro iluminado
Por los primeros fulgores
De la aurora,
Unico alivio que ha hallado
El que de amor los rigores
Sufre y llora.
Solo tú prestas consuelo
Al peregrino que el suelo
Cruza errante,
Y tú con belleza tanta
Vas sosteniendo su planta
Vacilante.
¡A Dios campo de verdura!
Tú me volviste la calma
Con tu encanto.

¡Adios! Tu inmensa ternura,
Solo espresar puede el alma
Con el llanto.

II.

¡A DIOS PARA SIEMPRE.

Tranquila la luna
Sus rayos estiende,
Bañando de plata
Su luz refulgente:
Praderas y montes,
Arroyos y fuentes:
Susurra en las hojas
El céfiro leve,
Y en tanto Lisardo
De Nítida ausente,
Suspira exclamando:
¡Adios para siempre!
—Adios esperanza,
Alegres vergeles
De dicha y ventura
Recuerdos perennes:
Adios dulces horas
De encanto celeste,
Que á estraños lugares
Me arrastra la suerte.
Adios ilusiones,
Risueños placeres,
Fantásticos sueños.....
¡Adios para siempre!
¡Cuán breve aquel tiempo
De dicha indeleble
Gozoso á tu lado
Pasó dulcemente!
¡Cuán bello es amarte!
¡Cuán triste es perderte!
Adios dulce encanto,
No llores si oyes
De un triste la historia
Que amandote muere,
Pues muerte es decirte:
¡Adios para siempre!
Tal dice Lisardo
De Nítida ausente,
Llorando cuitado
Su mísera suerte;
Y en tanto la luna
Sus rayos estiende,
Bañando los campos
De luz refulgente,
Susurran las auras,
Murmuran las fuentes,
Y el eco responde:
«¡Adios para siempre!»

III.

EL SUEÑO DEL POETA.

El dolor y el placer son cual arroyos
Que su principio tienen en el alma:
Aquel con negras ondas la recorre,
Este, con frescas cristalinas aguas.

Ambas á dos confúndense en un punto,
Donde otro rio su caudal desata,
Y ambas unidas van, desde esa fuente,
Que del olvido el manantial se llama.

Mas antes de llegar, tal vez, se acrecen,
Se aumentan, se desbordan y se ensachan,
Y en suspiros, se salen á la boca,
O á los ojos, en lágrimas amargas.

Manantiales eternos, infinitos,
De inspiracion inagotable y santa,
Son sus corrientes, y el poeta en ellas,
Dulces consuelos á sus penas halla.

El se apodera del fugáz suspiro,
La esencia toma de la seca lágrima,
Y de su llanto y sus suspiros, forma
Las estrañas historias que relata.

Si triste canta de la oscura noche
Las negras sombras y el tenáz fantasma,
Si de otros mundos de ilusiones bellas,
Los dulces goces en su lira canta.

Dejadle delirar, dejad al triste
Que goce con su célica esperanza,
Que viva en ese mundo que imagina,
Y en esos sueños que su mente halagan.

Quizás sus melancólicas pasiones,
Suspiros son, que del dolor emanan;
Quizás bebió su inspiracion de fuego
En el raudal ardiente de sus lágrimas.

Dejadle, no insulteis con vuestra risa
El profundo quebranto de su alma,
Mas si no hay corazon en vuestro pecho
Que palpita al dolor de su desgracia,

Si no va vuestra pobre fantasía
Mas allá de ese mundo en que se arrastra,
No os burleis de su afan, dejadle empero,
Que él á vosotros su dolor no canta,
Y vuestra vil miseria comprendiendo
El os deja tambien y..... os tiene lástima.

ELENA CERRADA.

(Se concluirá.)

LUZ Y SOMBRAS.

Al amanecer un dia de primavera el hombre siente, pero de una manera inesplicable y silenciosa. ¿Qué es lo que á impresionarle alcanza?

Lo que de tal manera le arroba y esta-sía, ¿qué es? ¿Por qué el silencio que guarda?

El hombre, por muy rudo que sea, no puede menos de rendir culto á lo bello; y á la salida del sol, los que á su vista se destaca es variedad en la unidad; mil accidentes contenidos en un todo armonioso: el *esplendor de la verdad*, en una palabra.

Con eso se embriaga, por eso se estasia, por eso mira al cielo, y agradecido, eleva una plegaria sencilla como el canto de las aves al autor de lo creado.

Cuando aparece por Oriente el sol, ataviado de riquísimos celages, la naturaleza, antes dormida, parece como que vive de otra manera. Los rios murmuran en sus cauces, y al filtrarse en las vegas, cubren-las de verde alfombra, los arroyos saltan, los árboles suspiran, y las aves trinan de contento.

Al inundar con sus fúlgidos resplandores la cresta loma, el agreste pico y la esmaltada pradera, todo se mueve; finos haces de fuego se cueban por las cañadas, disipando la pereza del gilguerrillo cantor, y obligando á la nocturna ave á introducirse en el carcomido tronco ó en la pelada gruta.

Gradualmente las tintas son mas puras, los detalles mas correctos: ya no hay difu-sion, tenuidad imperceptible, ni ligera bruma; los seres todos lucen sus variados colores y caprichosas formas.

Las sombras huyeron de aquel bosque que á la cañada presta abrigo; el tul azulado que le escondia se rasgó, dibujándose el pueblecito de la montaña. Una docena de casas, á lo mas, se agrupan en torno de una empinada torre: son blancas como la paloma, sus tejados de pizarra y las chatas chimeneas que las coronan, despiden un humo blanquecino, el cual se pierde en el espacio.

Castañes frondosos y apretados manzanos son los árboles que se distinguen como orla de un conjunto tan bello.

¿No escuchais un áspero rumor?

De la primera casa se entreabre la puerta y aparece un hermoso mastin, el cual arquea el lomo y se estira con pereza; en tanto, el labrador afanoso apresta sus yuntas, el honrado jornalero calza las albarcas, y el industrioso menestral realiza lo que no ha muchas horas ideaba.

Por cien veredas destácanse los ganados con sus tiernos corderillos y baladoras ovejas; guíanlos, con cariñosa solicitud, hermosas zagalas de apretadas trenzas y de negros ojos, á las que Febo traidorzuelo besa sus púdicas mejillas.

El sol asciende magestuosamente por un lago de zafir; el inmenso tachen no descansa hasta alcanzar zénit, para desde allí con donaire, soltar sus cabellos, ébras de hilado oro, y, sacudiéndolos, verter regueros de luz que se quiebran en mil colores para es-maltar el pensil.

En las llanuras como en el cerro, el hombre ora traza surcos iguales y profundos para laborear sus tierras, encerrando luego en las trojes colmadas cosechas, ora dirige cien rieles de plata, verdaderas sierpes de aceradas escamas, que fertilizan la flores-ta: aqui recolecta el fruto de sus afanes y sudores; allí persigue á la voladora ave ó aprisiona al incauto pececillo.

Tambien es artista: tañe con sencillez, pero sentidamente, el instrumento rústico, y modela á la vez el añoso tronco.

El astro diurno comienza á descender, no ya con magestad, mas sí con ligero paso de su trono de esmeraldas y amatistas. Cárdenos destellos dibujan mil nubes en el horizonte: unas semejan sanguinosas pe-leas, otras piras inmensas de fuego, estas espectros fúnebres, y en tanto, al rojizo tono que la naturaleza habia adoptado, su-ceden las sombras.

Su imperio insensiblemente domina á la creacion. El sencillo labriego regresa al humeante hogar, arrastrando sus yuntas los arados, el rebaño torna á los apriscos. Las praderas antes pobladas, y los corona-dos cerros, poco á poco quedan solitarios; la luz debilitase por momentos; avanzan las sombras, envolviendo en un tupido cres-pon el paisaje que, poco há, estaba ilumi-nado por el sol.

Todo es calma, interrumpida solo por el murmullo de las aguas ó por el canto des-abrido y monótono del nocturno pájaro. El pueblecillo de la montaña solo es una con-fusa mole que fosforece por intervalos. ¡Qué cambio tan notable!

Poco antes, vida, alegría y animacion: ahora, silencio y tinieblas: al canto siem-pre sonoro de la bullidora ave, sucede el agudo ladrido del vigilante perro; al lucir esplendoroso del sol, el reflejo pálido y triste de la luna; á la animacion y movi-miento, la calma y la inaccion. A la expansion sigue la abstraccion.

Por lo mismo que el hombre descansa, la naturaleza duerme hasta el nuevo dia, en que lucirá sus gracias y donaire.

VENTURA GALLEGOS.

EL LUGO.

HISTORIA, CUENTO Ó LO QUE SE QUIERA.

En una hermosa mañana del mes de Noviembre, en que el sol esparcía su lumbré bienhechora sobre la tierra, convidando á disfrutar de ella á los que sentían el frío prematuro del invierno, varias familias muy conocidas en la buena sociedad de la hermosa Valencia, se las veía cruzar en diferentes direcciones, encaminándose sin duda á disfrutar grato soláz en sus pintorescos paseos.

A mas de las hermosas niñas que por doquiera llamaban la atención de los transeúntes, algunos grupos de los alumnos de la Universidad, de esos que aprovechan cualquier pretexto para faltar á clase, formaban corrillos, ya comentando las vicisitudes de su vida estudiantil, ya analizando tal ó cual misterio amoroso, de esos que tanto llaman la atención á la juventud en nuestros días.

Entre ellos fijaremos la atención en una pareja, que entreteniéndose en liar un cigarrillo á la puerta misma de la Universidad, parecían completamente abstraídos de todo cuanto les rodeaba; tal era la animada conversacion que sostenían.

Antes de enterarnos de lo que trataban, parécenos conveniente presentarlos á nuestros lectores.

Era el uno de estatura regular y alegre fisonomía; vestía elegantemente, y al fijarse en su poca barba, se le podía conceder de diez y ocho á veinte años de edad.

El otro, que representaba la misma edad, era de estatura mas baja, de simpáticas facciones y continente resuelto, á la par que que distinguido; vestía tambien con elegancia, y en su traje se notaba cierto desaliño de buen tono.

La animada conversacion y la intimidad que parecia reinar entre ellos, demostraba hasta cierto punto que eran discípulos, y que se hallaban dispuestos mas bien que á entrar en la Universidad, á oír las explicaciones sobre los autores de texto, á dirigirse á cualquier parte en donde pudieran pasar la mañana alejados de la monotonía de las costumbres universitarias.

—Pepe, dijo el mas bajo al propio tiempo que encendía su cigarrillo, ¿á donde dirigimos nuestros pasos?

—A donde quieras, Julio, contestó el otro, concluyendo de liar el suyo.

Y sin hablar una palabra mas se pusieron en marcha en direccion al punto mas céntrico y concurrido de la capital.

Las costumbres de los estudiantes modernos son opuestas á las de antaño. Estos tenían por grave falta el no asistir á clase. Los de hoy aunque cotidianamente concurren á la Universidad como punto de reunion, tienen por mas cómodo dirigirse desde allí al punto donde sus placeres ó distracciones les atraen como poderoso é irresistible imán. Pero no perdamos el hilo de nuestro cuento.

Pepe y Julio, estaban cortados en el mismo patron, eran la *vera-esfige* del estudiante moderno, á lo que tenía que agregarse la gran intimidad que entre los dos reinaba, y que establecía un principio de comunidad en tabaco, dinero y hasta (no se escandalicen nuestras lectoras) hasta en las novias.

En ese supuesto, sus ideas, sus apreciaciones y sus costumbres eran idénticas. Pensando ambos lo mismo, empezaron á correr calles en persecucion de lindas grisetas, á las que piropeaban con gracia suma, sin que se les pudiera tachar de insolentes ó desvergonzados. Ya una morena era objeto de sus galanterías, ya una rubia borraba la impresion de la primera, ó bien una pelinegra llamaba vivamente su atención.

Así de esta manera, cruzaron á la ventura varias calles, hasta encontrarse en una calleja estrecha y no muy larga, en cuyo interior no habia penetrado todavía el progreso en forma de adoquines, y hacia la mitad de ella, al llegar frente á una reja que estaba abierta de par en par, dijo Julio á su amigo:

—Mira.

Y, efectivamente, Pepe miró y pudo ver perfectamente á una lindísima niña en el momento en que creyéndose sola terminaba las operaciones de su tocador.

Es verdaderamente inesplicable el encanto que ofrece una mujer bonita, cuando la casualidad hace que se la sorprenda en momentos de íntimo abandono.

—¡Qué bonita es! decia Pepe contemplándola recatadamente para que la niña no notara que era objeto de la curiosidad callejera de dos estudiantes.

—¡Qué linda! añadió Julio. Conozco que me voy á enamorar de veras.

—La estoy amando ya como un loco, respondió Pepe.

—Esa será para mí, dijo Julio.

—No en mis días, replicó su amigo.

—Yo la ví primero.

—Eso no importa, no te dá derecho á nada.

- No podré vivir sin ella.
- La muerte me causaría su desamor.
- Pues no te cedo la preferencia.
- Será para quien ella elija.
- Eso es lo mas justo, pero si te prefiere, creo que no podré consolarme nunca.
- Mañana procuraremos ponernos en relaciones con esa niña.

Y nuestros dos amigos, conteniendo un suspiro de emocion que representaba todo un mundo de ilusiones y esperanzas, se alejaron de aquel sitio, donde sin querer habian dejado cautivo el corazon.

* *

Al dia siguiente, impulsado Pepe por el egoismo, prescindió de asistir á la Universidad, y se entretuvo en su casa escribiendo una carta inspirada por el vehemente amor que en su corazon habia despertado la jóven de la reja, mientras Julio se impacientaba oyendo sonar una y otra vez el reloj del Patriarca, sin que su amigo concurriera al punto de reunion. Cansado de esperarle, se marchó, siguiendo la costumbre, á los sitios donde ambos solian concurrir.

Mientras vagaba Julio por las calles, vestido Pepe de punto en blanco, como decian en la edad media, y llevando en el bolsillo la epístola amatoria que acababa de escribir, se dirigió presuroso hácia la calle en donde los latidos de su pecho le habian avisado el dia anterior, que era susceptible de una pura pasion.

Escusado parece decir que nuestro enamorado jóven procuró aquella mañana, aunque inútilmente, hacer llegar su amatoria declaracion á manos de la que la habia inspirado; pasó aquel dia y el siguiente y otros y un mes, sin que Pepe pudiera lograr por ningun medio que su consabida misiva fuera á poder de aquella para quien se habia escrito.

Julio habia olvidado ya sus proyectos. Pepe continuaba cada dia mas enamorado y convertido en guarda canton de la casa de su amada, esperando ocasion propicia, que nunca se presentaba, para su anhelado objeto. La niña de la reja no dejaba ver por ella sus hermosas facciones, ni Pepe encontraba medio de ponerse en comunicacion con ella.

Y Pepe habia llegado á ser casi el bú de las comadres de la calle que continuamente le servia de observatorio.

¡Cuán cierto es que el amor llega á convertir en ridículo al hombre de mas talento!

* *

Corrian los últimos dias del año, esos dias clásicos en que entre las familias reina cierta expansion, cierta libertad y alegria, que muchas veces trasciende al exterior, y facilita los medios de ensanchar el círculo de relaciones, sin faltar á las reglas de buena educacion.

Esa conjuntura la aprovechó Pepe, y merced al movimiento estraordinario que reinó en la casa de su amada, pudo hacer llegar hasta ella su amorosa declaracion. A la mañana siguiente ya se atrevió á subir hasta la puerta de la habitacion, esta se abrió como por casualidad, y una voz de timbre argentino y melodioso, dijo desde dentro estas palabras:

—Mañana. Lo pensaré.

Pepe sintió latir con fuerza su corazon y se retiró enajenado de gozo. Aquello era una esperanza, y el amor vive de esperanzas tanto como de realidades.

Presuroso voló al siguiente dia al sitio que frecuentaba tanto tiempo, y su felicidad fué mayor al contemplar en toda su plenitud la hermosura de la niña de la reja, que asomada á ella le esperaba.

El pincel de Murillo no ha dado vida á belleza mas perfecta. Pepe al contemplarla enmudeció de placer. ¡Se es tan feliz contemplando á la muger que se ama con el alma toda!

—¡Qué bonita es! murmuraba Pepe estasiado ante la niña de la reja, mientras que ella le dirigia tímidas miradas, que revelaban el candor de su alma que empezaba á pagar tributo á la pasion mas pura que su belleza habia inspirado.

Juanita, tal era su nombre, amaba y amaba por vez primera á un jóven que tambien por vez primera sentia un amor puro por aquel ángel de bondad y belleza, que en su agitada juventud habia cruzado en su camino.

Pepe fué feliz: Juanita lo era tambien; ambos se amaban con toda la ilusion que endulza los primeros dias de la juventud.

Juanita tenia dos pasiones: el amor de su Pepe, y el lujo, que la hacia ser un tanto coqueta, con esa coqueteria peculiar y propia de las mugeres elegantes que ostentan á la par ricos trajes, como complemento de una deslumbradora hermosura.

Pepe tenia el triste presentimiento de que aquella pasion que habia echado profundas raíces en el corazon de Juanita, habia de ser algun dia causa de su infelicidad.

Sus juramentos de amor eterno se ratificaban diariamente, y en bailes, en paseos, en teatros, en todas partes, Pepe era el ca-

ballero de Juanita, y esta no admitia mas obsequios que los de él.

El amor hace poeta al hombre, porque el amor es poesía, y Pepe espresaba el suyo en sentidas endechas de las que vamos á dar una muestra que por casualidad ha llegado á nuestras manos, como un despojo de aquel amor digno de mejor desenlace.

¿Por qué cuando decias que me amabas

Siendo contrario á lo que tú sentias

Tantas y tantas veces me engañabas?

¿Por qué cuando jurabas que querias

Unir tu suerte á la que yo corriera

A mentir de ese modo te atrevias?

¡Ay Juana de mi vida! Mas valiera

Que conforme yo te amo no te amara,

Y así el pesar que siento no sintiera.

Mas valiera que amor en mí faltara

O que jamás te hubiera conocido,

Para que en vez amarte te olvidara

Y perdiera tu amor con el olvido.

Juanita saboreaba con delicia los amorosos reproches de su amante, al que protestaba con repetidos juramentos la constancia de su pasión y la sinceridad de su deseo. Pero ¡ay! que la muger que abriga en su pecho otra pasión que desequilibre el amor, tiene el fatal instinto de dejar lo bueno y verdadero por lo efímero y deleznable: Juana amaba el lujo, y el lujo pudo mas que su amor.

* *

La suerte de la criatura no es siempre la misma; el voluble destino lo mismo eleva al pináculo de la fortuna, que precipita al abismo de la desgracia.

El padre de Juana, único sosten de la familia, falleció inesperadamente, y con el cambio de color de traje también cambió su posición social.

El padre de Juana, empleado largos años, dió sobradas pruebas de honradéz para que solo con su sueldo pudiera atender al presente y al porvenir de la familia. De manera que el lujo de Juana habia sido causa de que el cambio fuera tan sensible á la familia que, con la pérdida de su jefe, quedó atenida á una medianía muy modesta. Las costumbres y el lujo tuvieron que modificarse, pero el predominio que el último ejerce en el corazón de la muger, no le permite adaptarse á privaciones que son siempre sensibles cuando la razón no dirige la voluntad.

Pepe poseía una buena fortuna; empero hijo de familia y menor de edad, no podia disponer de sus bienes hasta la muerte de sus padres, ni crearse una posición hasta

tener terminada la carrera, de la cual le faltaban aun cuatro años.

Estas consideraciones no pesaban tanto en el ánimo de Juana como la necesidad del lujo de que antes habia disfrutado. Sus protestas de amor y sus juramentos eran ya menos frecuentes, y llegó un día en que Pepe, con dolor, comprendió que el amor de Juana estaba supeditado á una mezquina y calculada idea que él por entonces no podia realizar.

A la par que el amor de Pepe sufría una amarga decepción, Juana, aparentando ceder á las vivas instancias de su madre, otorgaba su mano á un viejo de sesenta y seis años, que poseyendo una respetable fortuna, podia satisfacer el insaciable deseo que atormentaba aquel juvenil corazón de diez y siete primaverales.

¡El sacrificio se consumó! El amor de Pepe se cotizó con depresión á los talegos de aquel viejo que representaba el triunfo de la vanidad sobre el corazón.

.

* *

Juana se encuentra hoy casada. Sus menores deseos son leyes para su esposo.

Juana no es feliz.

No ama, no puede amar á su marido, media entre los dos un abismo: los años, el amor de Pepe, que cual fantasma acusador se levanta para anatematizar el indigno perjurio de quien ha faltado al cumplimiento de una sagrada promesa, cuya realización era la felicidad de dos almas que no pueden volver á unirse.

Juana siente que Pepe es una necesidad para ella.

Pepe es ya un imposible para Juana.

Ella maldice el lujo desde el fondo de su corazón.

El abjura del amor porque el amor le ha hecho en temprana edad brotar sangre del corazón que le veras amaba.

¡Funesto ejemplo! ¡Ojalá sirva de lección á las que se sientan dominadas por una vanidad ridícula, que en el aplauso de la sociedad encuentra su espíacion, porque en ella va envuelta la censura de las almas grandes.

ANTOLIN O. DE TARANCO.